NICOLA CORNICK



AMANTES Y ENEMIGOS

HARLEQUIN INTERNACIONAL®
NARRATIVA

Uno

El baile de las cortesanas no era precisamente un acontecimiento que ocupara un lugar distinguido en la agenda social de las señoritas de prestigio, aunque más de una madre había observado con amargura que era el único lugar aparte de los clubes donde se podía encontrar a todos los solteros cotizados. Los caballeros más recalcitrantes a perder su soltería, que temían traspasar el umbral de otros lugares por miedo a una emboscada, se mostraban mucho menos reacios a otro tipo de intimidades, y un baile de máscaras ofrecía muchas posibilidades.

Era ya tarde cuando Marcus, el sexto conde de Trevithick, se unió a la multitud que se divertía en los salones Argyle. Como ya no era precisamente un joven inexperto ni buscaba

amante en ese momento, no había visto motivos para llegar antes.

El salón, con sus elegantes columnas y su decoración ostentosa, mostraba tan mal gusto como muchas de las asistentes. Marcus sabía que algunas ya se fijaban en él. Con su estatura y su belleza morena, era inevitable, pero no era algo que le produjera orgullo. Sabía que en cuanto circulara su nombre, algunas perderían interés y buscarían otra caza, ya que las movía más la avaricia que la lujuria. Él era atractivo y tenía un título, pero poco dinero, ya que la mayoría de las propiedades que había heredado estaban en estado ruinoso.

—¿Has estado en el campo, Marcus? Me dijeron que seguías en el norte.

Su primo, Justin Trevithick, le dio una palmada en el hombro. Justin, hijo único de un segundo matrimonio escandaloso entre el tío de Marcus, Freddie Trevithick, y su ama de llaves, era un par de años más joven que él. De niños no se habían conocido, ya que el padre de Marcus, el vizconde de Trevithick, no aprobaba el matrimonio de su hermano y se negaba a reconocer la existencia de su sobrino. Cuando Marcus tenía veintidós años, se encontró con Justin en el club White's y se hicieron amigos de inmediato para regocijo de la buena sociedad y desesperación del estricto vizconde y de

su esposa. Y su amistad seguía igual de sólida once años después.

Tanto Marcus como Justin mostraban los rasgos afilados distintivos de los Trevithick, pero mientras los ojos y el pelo de Marcus eran tan negros como los de sus antepasados piratas, Justin había heredado el pelo rubio y los ojos verdes de su madre. Se volvió y tomó dos copas de vino de la bandeja de un lacayo y ofreció una a su primo. Marcus la aceptó sonriente.

—Acabo de volver de Cherwell —dijo, en respuesta a la pregunta de su primo—. He estado más tiempo del que pensaba. El inquilino de allí llevaba tiempo estafándome, pero no volverá a ocurrir —terminó con una sonrisa de sorna.

Justin enarcó las cejas.

—Creo que nuestro abuelo nunca iba a esa casa. Hacia el final no salía nunca de Trevithick. Supongo que eso daba vía libre a los aprovechados.

Marcus asintió. Hacía apenas quince meses que había heredado de su abuelo y no había tardado en descubrir que la gente se había aprovechado de la enfermedad del difunto conde en los últimos años. Resultaba irónico que su abuelo, al que apodaban el Conde Diablo, se hubiera dejado estafar en la vejez. Las propiedades de los Trevithick eran numerosas y, en la

confusión que siguió a la muerte de su abuelo, Marcus tardó tiempo en empezar a conocerlas. Y todavía había lugares que no había tenido tiempo de ver, asuntos inacabados.

—¿Piensas pasar la temporada en Londres? —preguntó Justin.

Marcus hizo una mueca.

—Debería hacerlo, ya que es la presentación de Nell en sociedad. Y me gustaría, pero...

—¿Lady Trevithick? —preguntó su primo.

Marcus tomó un sorbo de vino.

—Es muy difícil convivir con tu madre después de quince años de ausencia —hizo una mueca—. Ya le he pedido a Gower que me busque aposentos, a ser posible en el otro extremo de la ciudad.

Justin reprimió una sonrisa.

—Esta tarde he visto a Eleanor en casa de los Almack —dijo, cambiando de tema—. Pershore y Harriman también estaban allí. Parece que ha caído bien, aunque no es de sorprender, teniendo en cuenta que posee la belleza de los Trevithick.

Marcus se echó a reír.

—Creo que madre no sabe a quién intentar casar antes, aunque me parece que tendrá más éxito con mi hermana. Yo no busco esposa todavía.

—Bueno, aquí no la encontrarás —Justin se

volvió a mirar a la multitud—. Mujeres de otro tipo tal vez sí.

—Tal vez —Marcus examinó también las filas de rostros pintados—. Aunque esa es una complicación que no necesito.

Justin sonrió.

—Ahí hay una que valdría la pena.

Marcus siguió su mirada. El salón de baile estaba atestado y en ese momento sonaba un vals, lo que servía de excusa para un comportamiento más íntimo y provocativo. Y sin embargo, entre el sinfín de bailarines destacaba una pareja que bailaba muy bien pero con mucho decoro. El caballero era alto y rubio, pero Marcus no le prestó mucha atención. La mujer, por su parte, era otra cuestión.

Era más alta que la mayoría de las presentes y solo unas pulgadas menos que los seis pies de Marcus. Llevaba un antifaz plateado y su traje de dominó plateado se abría al bailar, mostrando el vestido de debajo en una seda a juego que se pegaba a una figura que Marcus solo podía describir como esbelta pero voluptuosa. Su rostro era pálido, con un toque rosado en los pómulos, y su cabello negro como el ébano iba recogido encima de la cabeza en una masa complicada de rizos que pedían a gritos que los liberaran de su cautiverio. Marcus sonrió. Su cabello no era lo único que

parecía deseoso de soltarse... el vestido de seda insinuaba un sinfín de posibilidades y no pudo evitar imaginar lo que sería quitárselo despacio. Miró a su alrededor y amplió la sonrisa al darse cuenta de que al menos media docena de hombres pensaban lo mismo. Tal vez ellos habían probado ya aquella fruta, porque el hecho de que estuviera en el baile de las cortesanas indicaba que no era una dama. Marcus se encogió de hombros. Le daba igual quién hubiera estado allí antes, pero tenía toda la intención de ser el próximo.

—¿Te has propuesto algo, Marcus? —preguntó Justin Trevithick sonriente. Al igual que el conde, él también observaba bailar a la pareja—. Por lo que he oído, eres por lo menos el décimo de la cola.

—No me gusta hacer colas —murmuró Marcus, sin apartar la vista de la cara de la chica—. ¿Quién es?

—Que me condenen si lo sé —repuso su primo, animoso—. No lo sabe nadie. Hay muchas suposiciones, pero nadie conoce su nombre.

—¿Y su acompañante?

La insistencia de su primo hizo que Justin se echara a reír.

—Ahí sí puedo ayudarte. El afortunado caballero es Kit Mostyn. Es una pena que no

estemos en buenos términos con los Mostyn y no podamos pedirle que nos presente.

Marcus lo miró con incredulidad; se echó a reír a su vez.

—¡Mostyn! ¡Qué interesante! En ese caso será doblemente placentero quitarle a la dama.

Justin enarcó las cejas.

—¿Esto es amor o guerra, Marcus?

—Ambas cosas. Dicen que todo vale, ¿no? Pues bien...

La pareja se acercaba más a ellos en aquel momento. Marcus pensó que la dama parecía muy cómoda en brazos de lord Mostyn, ya que hablaba con pasión y le sonreía. Marcus entornó los ojos. Personalmente no tenía nada contra Kit Mostyn, pero hacía siglos que existía una rivalidad entre los Mostyn y los Trevithick. Desconocía los detalles y en aquel momento no tenía ningún interés en cerrar la brecha. Esperó hasta que la pareja estuvo justo a su lado e hizo un movimiento leve que atrajo la atención de la mujer. Esta levantó la vista y sus ojos se encontraron largo rato antes de que ella rompiera el contacto. Marcus se quedó con la impresión de una mirada intensa, de un tono plateado algo más profundo que el del vestido. Un instante más tarde, ella lo miró de nuevo por encima del hombro con lo que solo se podía interpretar como un gesto invitador.

Justin se echó a reír.

—Creo que has triunfado, Marcus.

Este también lo creía. Esperó a que terminara la música y la mujer y su acompañante se retiraran al borde de la pista para acercarse a ellos sin prisa.

—Vuestro siervo, Mostyn —dijo, al llegar.

Había algo de burla en su tono y notó que el otro le devolvía la inclinación de cabeza con cierta tensión. Marcus miraba ya a la mujer. De cerca parecía más joven de lo que había supuesto, pero entonces se dio cuenta de que no era tanto debido a sus años como a que causaba una impresión de inocencia. Sus ojos no tenían la mirada de suficiencia que caracterizaba a otras mujeres como ella. Marcus pensó con cinismo que aquel aire de inocencia podía hacerle ganar mucho dinero. Los caballeros pagarían lo que fuera con tal de poseer una belleza aparentemente tan poco estropeada. Le divertía, porque en su juventud había tenido un aventura con una mujer licenciosa que fingió una inocencia que no poseía e intentó denunciarlo luego por ruptura de compromiso. Tal candor resultaba atrayente, pero era solo una ilusión.

Le tendió la mano y ella, tras un momento de duda, la aceptó en la suya.

—Marcus Trevithick a vuestro servicio,

señora. ¿Queréis hacerme el honor de concederme un baile?

Sintió, más que vio, la mirada de advertencia que lanzó Kit Mostyn a la mujer. Esta, no obstante, sonrió a Marcus con encanto pero sin rastro alguno de coquetería y él tuvo que admitir de mala gana que poseía una dignidad innata. Cuando sonrió, un hoyuelo pequeño e inesperado se formó en su cara.

—Gracias, señor. Será un placer.

Marcus inclinó la cabeza y la condujo a la pista, donde se formaba una línea para un baile campestre.

Ella se conducía con una dignidad que contrastaba vivamente con la coquetería y los juegos que tenían lugar a su alrededor, y Marcus la encontró conmovedora, hasta que pensó que sin duda formaba parte de la interpretación. Inocencia, dignidad... era un buen modo de sobresalir entre las demás. Aun así, estaba convencido de que podrían llegar a un acuerdo y confiaba en que no se retrasara mucho. Empezaba a desearla con fuerza. Observó su cabeza inclinada y el modo en que los rizos negros le rozaban la nuca. Deseaba tocarla. Su boca era tan voluptuosa como su figura y prometía delicias sensuales. Tuvo que reprimir el impulso de besarla allí mismo.

—¿Podéis darme un nombre? —preguntó con suavidad—. Vos ya sabéis quién soy.

La mirada gris de ella rozó su rostro y sintió un calor repentino. Ella sonrió.

—Mi nombre es Elizabeth, señor. Me conocen como Beth.

—¿Sí? ¿Y...?

Ella pareció pensarlo.

—No estoy dispuesta a decir más. En un baile de máscaras no hay nombres. Vos habéis violado ya las normas al decirme vuestra identidad.

Marcus se echó a reír. No tenía ningún problema en romper cualquier norma social con la que estuviera en desacuerdo.

—¿Qué es Mostyn para vos? —preguntó, cuando la música volvió a juntarlos—. Quisiera saberlo antes de intentar algo que no deba.

Sintió los dedos de ella temblar en los suyos antes de soltarse. Bailaba con mucha gracia.

—Kit es muy querido para mí —repuso cuando al fin volvieron a juntarse.

—Comprendo.

—Lo dudo —la mirada gris plateada lo examinó una vez más—. Es un amigo. Más que un amigo. Pero eso es todo.

Marcus pensó con envidia que debía ser un antiguo amante. Eso explicaba por qué parecían tan cómodos juntos sin que hubiera entre ellos

el calor de la sensualidad. La vieja pasión había ardido, dejando solo la llama de la amistad. Sentía celos al pensar en su relación pasada, pero eso implicaba que podía estar libre.

—¿Y hay alguien más? —una pregunta estúpida cuando seguramente tenía una docena de admiradores pagando por sus favores.

—No me gusta hablar de esos asuntos aquí, señor —repuso ella con calma.

Marcus le sostuvo largo rato la mirada.

—¿Pero podemos discutirlos en privado? Confieso que eso me iría muy bien...

Esperaba algún tipo de aliento por parte de ella, aunque fuera solo una sonrisa. Pero Beth pensó gravemente en su sugerencia e inclinó la cabeza.

—Muy bien. Hay un estudio en el pasillo...

—Lo conozco.

Ella volvió a asentir. El baile estaba acabando de todos modos y nadie prestó atención cuando ella se apartó de su fila y avanzó hacia la puerta del pasillo. Marcus esperó unos momentos antes de seguirla, no sin detenerse antes a ver si lo miraban. Parecía que todo el mundo estaba ocupado con sus propios amores.

Se abrió paso entre las parejas que bailaban y cruzó las baldosas blancas y negras del pasillo. Recordaba vagamente que el estudio estaba

en la tercera puerta a la izquierda, que encontró entreabierta.

Sonrió para sí. La situación era de lo más prometedora y, a pesar de su cinismo, tuvo que admitir que había algo curioso en el aire de misterio de ella. Tal vez fuera un truco para despertar interés, pero con él daba resultado. Entró en el estudio y cerró la puerta tras de sí.

Era una estancia pequeña, con una mesa de juego de caoba en el centro y estanterías de la misma madera a lo largo de las paredes. Largas cortinas color ámbar cerraban los ventanales y la única luz procedía de una lámpara colocada en una mesita lateral.

Beth se hallaba de pie al lado de la ventana. Había sacado los dados de su caja de la mesa y los agitaba en una mano. No levantó la vista cuando él entró y por un momento Marcus creyó percibir algo tenso e incómodo en la estancia, aunque la impresión no duró mucho.

Dio un paso adelante.

—¿Queréis jugar a un juego de azar, querida?

Ella lo miró entonces, con una mirada tan directa y prolongada como la que le dirigiera por primera vez en el salón de baile. Aquello regocijaba a Marcus, que conocía a pocos hombres y menos mujeres que fueran tan directos. Lo ojos de ella eran una sombra plateada detrás

del antifaz y su mirada resultaba tan deliberada y osada como la de un gato.

—Si estáis seguro de que vos queréis jugar, señor.

Hablaban con indirectas y él apreciaba su ingenio rápido. Añadía placer a la persecución. Se preguntó si ella sabía quién era, aunque solo le había dado su nombre y no su título. Pero era muy posible. Se había fijado en él desde el principio y no iba a engañarse pensando que era por su atractivo. Tal vez pensara que su estatus y sus atributos físicos compensaban la falta de fortuna. Y además la fortuna era un concepto relativo; podía pagarle bien.

Mantuvo la vista fija en su rostro y sonrió despacio.

—Estoy seguro. ¿Qué juego preferís?

La mujer también sonrió, con el hoyuelo temblando en la comisura de su hermosa boca. Marcus deseó poder suprimir la caza y besarla sin más. Era una estrategia de alto riesgo y podía salir mal, pero resultaba muy tentadora. Se acercó un paso y ella retrocedió otro.

—Juguemos al azar —dijo con frialdad, pasando los dados de una mano a otra—. Tiramos los dados una vez y el ganador se queda con todo.

Marcus vaciló. Por sus palabras resultaba claro que, si ganaba él, ella sería el premio, y le

parecía muy amable por su parte ofrecer gratis sus servicios. Aunque, por supuesto, el precio llegaría luego si se entendían: la villa, el carruaje, las joyas...

Pero si ella ganaba la apuesta...

—Me gustan vuestras condiciones, pero antes tengo que saber lo que queréis de mí si pierdo —dijo—. No tengo una fortuna que ofrecer. ¿Con qué os conformaríais, querida?

Esperó a que ella dijera el precio. Un collar de diamantes, tal vez, que se uniera al de perlas grises que llevaba al cuello.

Ella se acercó hasta que pudo oler su perfume, una mezcla sutil de jazmín y pétalos de rosa, cálido como el sol sobre la piel y que enardeció los sentidos de él. El precio valdría la pena, fuera el que fuera.

—No quiero una fortuna —dijo ella con gentileza—, solo una parte pequeña de vuestro patrimonio. Quiero la isla Fairhaven.

Marcus la miró de hito en hito. Aquello respondía a la pregunta de si sabía quién era, pero la sugerencia era de lo más extraordinaria. Fairhaven estaba entre la parte de sus propiedades que aún no había tenido tiempo de visitar, pero por lo que sabía, era una isla azotada por las tormentas, en el centro del Canal de Bristol, donde vivían algunas personas, un rebaño de ovejas y nada más. No había ninguna razón

para que pudiera interesar a una cortesana. No tenía ningún valor.

Una parte de su mente lo impulsaba a hacer preguntas y llegar al fondo del misterio. La otra parte, embrujada por su perfume, le insinuaba que no tenía por qué cavilar, ya que de todos modos ganaría la apuesta. Aun en el caso de perder, estaba bastante seguro de poder convencerla para que lo complaciera. El momento para discutir sobre propiedades y terrenos no era aquel, cuando solo quería tomarla en sus brazos, sino más tarde; y sería mejor dejárselo a los abogados.

—Muy bien —dijo—. ¿Siempre pagáis vuestras apuestas?

La joven apartó la vista por primera vez.

—No suelo jugar, señor. ¿Cumplís vos las vuestras?

Marcus se echó a reír. Ningún hombre se habría atrevido a hacerle esa pregunta, pero, después de todo, él había sido el primero en cuestionar la integridad de ella. Y aún no le había contestado.

—Siempre —repuso. Le tomó la mano y notó que temblaba levemente. Su piel era muy suave; le volvió la mano para besarle la palma—. Pero no habéis contestado a mi pregunta.

Una sombra como de miedo cruzó la mirada

de ella, pero desapareció tan deprisa como había llegado. Levantó la barbilla.

—Pagaré mi deuda, señor... si pierdo.

Marcus asintió. La atrajo hacia sí hasta que una de las manos de ella descansó sobre su pecho.

—¿Y si quiero tomar algo a crédito? —preguntó con voz algo ronca.

—En ese caso, puede que os encontréis aún más en deuda, ya que no hay garantías de que ganéis —lo miró a los ojos—. Si queréis correr el riesgo...

Marcus tardó solo un segundo en decidir que sí quería. Inclinó la cabeza y la besó en la boca.

Tenía la suficiente experiencia para no intentar precipitarse. A las mujeres licenciosas también les gustaba que las cortejaran y no era ningún adolescente impaciente que tuviera que tomarla al asalto. La besó con gentileza, explorando, hasta que notó que la tensión abandonaba su cuerpo y empezaba a responder. Su sabor era dulce y muy inocente. Hasta temblaba en sus brazos. Tenía que ser una ilusión, pero resultaba tan creíble que Marcus sintió que empezaba a perder el control. Profundizó el beso y, tras un momento de vacilación, ella respondió vacilante, apretándose un poco más contra él. El deseo inundó el cuerpo de él con tal fuerza que apartó cualquier otro pensamien-

to de su mente y la estrechó con fiereza, olvidada ya la gentileza. Pero era demasiado tarde... ella se apartó y él reprimió un gemido de frustración.

—¿El juego, señor? —la voz de ella sonaba ronca.

Había olvidado el juego; ni siquiera estaba seguro de que ella quisiera seguir adelante con la apuesta. Pero estaba más que dispuesto a seguirle la corriente.

—Si lo deseáis —se encogió de hombros—. Todo a una tirada —le hizo una inclinación de cabeza—. Os concedo el honor de elegir el número, señora.

Beth le lanzó una mirada rápida.

—El nueve.

Tomó los dados y los lanzó sobre la mesa de caoba. Marcus los vio rodar antes de pararse en la superficie lacada. Un cinco y un cuatro. Tenía la suerte del principiante. Le costaba creerlo. Sonrió un poco.

—¿Consideraríais jugar a la mejor de tres tiradas?

—Ciertamente que no —parecía sin aliento y él la miró a la cara. Esperaba encontrar una expresión de triunfo o avaricia, pero solo vio alivio.

—Fairhaven —dijo ella con un tono interrogante—. ¿Honraréis la apuesta, señor?

Marcus no contestó. Por primera vez, la duda entró en su mente. Ella había vuelto a acercarse; su falda rozaba el muslo de él. Una parte de él respondía a su proximidad, pero se esforzó por reprimir el deseo y trató de concentrarse.

—¿Por qué la queréis? —preguntó.

Ella se echó a reír y él vio entonces la expresión de triunfo que había estado antes ausente.

—Vuestra pregunta llega un poco tarde, señor. Supongo que eso ya carece de importancia —retrocedió un paso—. Mi abogado llamará al vuestro mañana. Buenas noches, señor.

Se volvió para salir, pero Marcus la sujetó por el brazo y la giró hacia sí. Le arrancó el antifaz con dedos impacientes. Sin él era aún más guapa de lo que sospechaba. Su rostro era un óvalo puro, sus ojos grises eran grandes, su nariz pequeña y recta y la boca exuberante no sonreía ya. Respiraba con rapidez y era fácil ver que tenía miedo. Y que no era la cortesana que había fingido ser. Por alguna razón, aquello eliminó el enfado de él.

—Me parece que uno de los dos está en el lugar equivocado —dijo.

—Soy yo —repuso ella con sencillez—. ¿De verdad me habéis tomado por una cortesana, señor?

Marcus no pudo evitar echarse a reír.

—Desde luego. Hasta que os he besado.

Aquello le dio cierta ventaja. Vio que se ruborizaba e intentaba liberarse. Marcus retrocedió y la soltó con una reverencia exagerada. No, no era una cortesana, pero seguía deseándola. No sabía quién era, pero pensaba averiguarlo.

—¿Honraréis vuestra apuesta? —volvió a preguntar ella.

Marcus se cruzó de brazos con una sonrisa.

—No lo haré.

Vio que ella lo miraba con furia y le sostuvo la mirada.

—Yo os obligaré —dijo ella.

—¿Cómo? ¿Queréis decir que vos habríais honrado la vuestra si llego a ganar yo? De ser así, os conmino a que juguemos a la mejor de tres tiradas.

Ella se ruborizó aún más intensamente, pero apretó los labios.

—Lo que yo habría hecho carece de importancia, señor, puesto que habéis perdido vos. Y habéis afirmado que no renegabais de vuestras apuestas.

Marcus se encogió de hombros.

—He mentido.

—Embustero y tramposo —dijo Beth con profundo desprecio—. Repito, mi abogado llamará mañana al vuestro y espero que tengáis preparada la escritura de propiedad de Fairhaven.

Cerró la puerta tras de sí con un portazo y Marcus oyó un momento sus pasos alejándose por el pasillo de mármol. Tomó los dados con aire ausente y se sentó en una de las sillas. Una sonrisa asomó a sus labios. No podía creer que se hubiera equivocado tanto. Confundir a una dama por una cortesana, incluso en aquellas circunstancias... Se había dejado llevar por el deseo como un joven adolescente. Algo que no le había ocurrido nunca.

Agitó los dados con aire ausente. Lo habían engañado y por una razón muy extraña. Tenía que saber más sobre aquel tema. Tenía que saber más de la dama en cuestión. Además, la deseaba todavía. Se movió incómodo en la silla. Y necesitaba urgentemente una copa.

Justin lo encontró en la sala de refrescos después de que hubiera tomado una copa de brandy de un trago. Su primo lo observó volver a llenar la copa y despacharla de igual modo. Enarcó las cejas.

—¿Desafortunado en el amor, Marcus?

—Desafortunado en juegos de azar —repuso el otro. Tomó a Justin del brazo y lo atrajo hacia el refugio de una de las columnas, apartados de los ojos curiosos.

—Justin, tú sabes más que yo de la genealo-

gía de las familias. Dime, ¿Kit Mostyn tiene una hermana?

Justin asintió.

—Tiene una hermana viuda más joven, Charlotte. Se supone que es una gran belleza rubia, pero vive retirada, así que es difícil saberlo con certeza.

Marcus frunció el ceño. Beth nunca había sido rubia. Tal vez fuera amante de Mostyn después de todo. Aunque algo se rebelaba en él ante aquella idea.

—¿A qué viene todo esto, Marcus? —preguntó Justin, confuso—. Yo pensaba que te disponías a hacer una conquista nueva, no a entrar en un juego de misterio.

—Yo también —repuso su primo pensativo. Su rostro se iluminó y levantó el vaso—. Tráeme una botella y te cuento toda la historia.

—No puedo creer que hayas hecho eso, Beth.

Christopher Mostyn hablaba con amabilidad, pero su prima sabía que estaba enfadado. Lo conocía lo suficiente para saberlo. Suspiró.

—Fue idea tuya acompañarme allí, Kit...

—Puede que te haya acompañado al baile de las cortesanas, pero no esperaba que te comportaras como una de ellas.

La voz tensa de Kit cortaba de plano la conversación. Beth suspiró. Su primo era el cabeza de la familia y como tal suponía que tenía derecho a censurar su comportamiento. El hecho de que lo hiciera pocas veces se debía más a la naturaleza amable de él que a la obediencia de ella.

Apoyó la cabeza en los cojines blandos del carruaje y cerró los ojos. Lo cierto es que ella tampoco podía creer lo que había hecho. Y solo le había contado a Kit la mitad de la historia, la parte relativa a la apuesta. Sabía que, si le decía que Marcus Trevithick la había besado, era probable que desafiara a un duelo al conde y lo empeorara todo aún más.

Abrió los ojos y miró por la ventanilla. Viajaban a buen paso por las calles de Londres y la luz de las farolas entraba en el carruaje formando rayas negras y doradas. Ocultaba su rubor, lo cual no estaba mal, ya que cuando pensaba en Marcus Trevithick sentía que se sonrojaba y el calor cubría todo su cuerpo.

No solo se había pasado mucho de la raya, sino que sabía que había corrido un gran peligro. Había perdido el valor y eso, unido a su naturaleza impulsiva, podía haber sido un desastre. Si él llega a ganar la apuesta... Se estremeció. Seguramente habría reclamado su premio allí mismo, sobre la mesa de juego, o en

el suelo... Pero no había ganado. Respiró hondo.

Marcus Trevithick. Los miembros de su familia aprendían a odiar a los Trevithick desde el momento en que nacían. Desde niños les contaban historias de traiciones y maldades. Los condes de Trevithick eran altaneros y donnadies, mientras los Mostyn podían seguir sus antepasados hasta la conquista de los normandos y más allá. Los Trevithick habían robado las propiedades de los Mostyn durante la Guerra Civil y les habían arrebatado la isla de Fairhaven solo dos generaciones atrás, apoderándose del tesoro familiar y de la Espada de Saintonge. Nada bueno había ocurrido a los Mostyn desde entonces... sus fortunas disminuían mientras los Trevithick florecían como la mala hierba.

Marcus Trevithick. Beth se estremeció de nuevo. No podía creer que fuera diabólico, pero sí era peligroso. Y también el hombre más atractivo que había visto en su vida. Como se había casado muy joven, su experiencia era bastante limitada, pero aun así estaba segura de que él podía soportar cualquier comparación.

El carruaje se detuvo en el exterior de la casa de Upper Grosvenor Street que habían alquilado para la temporada. Kit descendió y la ayudó a salir con cortesía fría y estudiada. No

dijo ni una palabra en el camino hasta el vestíbulo. Beth se mordió el labio inferior. Sabía que había caído en desgracia.

Charlotte Cavendish, la hermana de Kit, estaba sentada en el saloncito rojo, con su labor de punto apoyada en un cojín a su lado. Leía *El vicario de Wakefield*, de Oliver Goldsmith, pero dejó el libro a un lado y los recibió con una sonrisa. Al igual que su hermano, era rubia y de ojos azules, alta y esbelta. Un trozo de encaje negro prendido a sus rizos era la única concesión a su estado de viuda.

—Ya estáis aquí. Casi había desistido de esperaros. Estaba a punto de irme a la cama...

Dejó de sonreír al ver el rostro pétreo de su hermano.

—¡Oh, vaya! ¿Qué ha ocurrido?

—Pregúntale a tu prima —dijo Kit; se quitó los guantes blancos—. Estaré en la biblioteca, disfrutando de una copa de brandy.

Charlotte miró a Beth.

—¡Oh, vaya! —repitió, aunque en sus ojos brilló una luz maliciosa—. ¿Qué has hecho?

Beth se acomodó en el gran sillón rojo de orejas situado enfrente de ella. Empezaba a sentirse enfadada además de culpable.

—Kit puede hacerse ahora el moralista, pero la idea de ir al baile de las cortesanas fue de él...

Charlotte soltó un gritito y se llevó una mano a la boca.

—¡Beth! Me dijiste que ibais a la reunión de lady Radley.

—Y fuimos, pero luego a Kit se le ocurrió la idea del baile de las cortesanas —Beth se movió incómoda bajo la mirada horrorizada de su prima—. Llevábamos antifaces, así que pensé que no habría ningún... —la miró desafiante—. Vale, Lottie, admito que sentía curiosidad.

—¡Oh, Beth! —susurró su prima—. Sé que yo no puedo acompañarte por Londres, pero creía que estarías segura con Kit.

—Pues te equivocabas —repuso la otra con rabia. De pronto le parecía mucho más sencillo culpar de todo a su primo—. Nada de esto habría pasado si Kit no hubiera decidido divertirse un poco.

—¿Nada de qué? —preguntó Charlotte, en el tono de alguien que no está seguro de querer saber la respuesta.

Beth bostezó. Estaba muy cansada y deseaba acostarse, pero también deseaba confiar en alguien. Su prima había sido como una hermana en el último año y ahora estaban mucho más unidas que de niñas, cuando la diferencia de cinco años que las separaba resultaba mucho más evidente.

Beth, Kit y Charlotte se habían criado juntos, pero la vida los había separado luego. Charlotte se había casado con un oficial del ejército y se había ido con él, Kit había pasado varios años en la India y Beth se había quedado huérfana y sin dinero a los diecisiete años. Amigos y parientes le habían aconsejado que se hiciera institutriz, pero dos días después de su orfandad, sir Frank Allerton, un viudo cuya propiedad colindaba con la de los Mostyn, la visitó para ofrecerle un futuro alternativo. No había sido amigo del difunto lord Mostyn pero Beth sabía que su padre lo consideraba un hombre honrado y eso la impulsó a aceptar.

Jamás se había arrepentido de su decisión, aunque sí lamentaba la falta de niños en su matrimonio. El trabajo de la casa y la parroquia la habían distraído bastante, pero cuando murió Frank y se quedó viuda con diecinueve años, se sintió sola. Aunque Kit había heredado la mansión Mostyn y el título, casi nunca estaba en casa y era Beth la que se encargaba de conservar la propiedad. Un año después de que ella enviudara, Charlotte perdió a su marido durante la retirada de Almeira y volvió a Mostyn. Por fortuna, Beth y ella descubrieron que se entendían muy bien. Charlotte era tranquila y considerada y frenaba a veces la impetuosidad de Beth, al tiempo que la ale-

gría de esta impedía que su prima se marchitara.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido? —preguntó de nuevo Charlotte—. Habéis ido al baile..

—Sí. Solo pensábamos estar un rato, aunque creo que Kit se habría quedado más si hubiera ido solo —dijo Beth con una sonrisa de picardía—. Pero no era lo que yo había imaginado, Lotti. El comportamiento de la gente era muy licencioso.

Su prima parecía exasperada.

—¿Y qué esperabas? Estabas en el baile de las cortesanas, no en una recepción en la Corte.

Beth suspiró.

—Sí, lo sé. Todo el mundo me miraba, sin duda porque me consideraban una de ellas.

—Sí, bueno, era de imaginar. Y tienes una figura encantadora y los caballeros...

—Ahórramelo —Beth recordó el calor perturbador de los ojos de Marcus Trevithick—. Pensaba que querías saber lo que ha pasado.

—Sí.

—Bueno, Kit y yo hemos bailado unas cuantas piezas y el comportamiento de la gente era cada vez más desinhibido, así que he decidido que lo mejor era marcharse. Pero entonces se ha acercado un caballero y me ha sacado a bailar.

Beth apartó la vista. Le había divertido que

se acercara Marcus Trevithick y algo la impulsó a seguirle la corriente. Entonces no conocía su identidad, pero se sentía tentada por la atmósfera, por él...

Miró a Charlotte, que esperaba en silencio.

—Hemos bailado una pieza y se ha presentado como Marcus Trevithick. Yo no tenía ni idea... Nunca había conocido a ningún Trevithick y aunque él sabía quién era Kit, a mí no me conocía, pero ha hecho esfuerzos por saber mi nombre.

—Supongo que sí —dijo su prima con sequedad—. ¿Te ha hecho alguna proposición?

—¡Lottie! —Beth parecía escandalizada. Luego sonrió—. Bueno...

—¿Y por qué no? —Charlotte parecía dividida entre la desaprobación y la risa—. El pobre creía que eras una cortesana.

—Bueno —sonrió Beth—. Sí que ha dejado claro su interés, pero yo no lo he desalentado...

De pronto le resultaba difícil explicarlo. O al menos hacerlo sin traicionar lo que sentía. Y Charlotte no era ninguna tonta. Leería entre líneas y vería todo lo que ella no había querido admitir.

—De pronto he pensado en Fairhaven —dijo con rapidez—. Ya sabes que tenía intención de hacerle una oferta económica por la isla. Y de

pronto he pensado que sería mucho más divertido ganarla por una apuesta...

Miró a su prima y vio que había dejado de sonreír y tenía el ceño fruncido.

—Y le he sugerido que nos viéramos en otra sala, donde lo he retado a un juego de azar con Fairhaven como premio...

—¡Beth! —exclamó Charlotte—. Dime que no es verdad. ¿Qué has ofrecido tú a cambio de la isla?

Beth no contestó. Sostuvo la mirada de su prima, que soltó un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Quieres tus sales de olor, Lottie? —preguntó Beth; se puso en pie y corrió al armario—. Te sentirás mucho mejor en un momento.

—Me siento muy bien, gracias —dijo su prima, aunque estaba un poco pálida—. De hecho, me siento mejor de lo que te habrías sentido tú si Trevithick llega a reclamar su premio. Supongo que no ha ganado él.

—No, no ha ganado —Beth sintió que se sonrojaba—. He ganado yo. Y si hubiera perdido, no habría cumplido la apuesta. Era solo un juego...

—No me extraña que Kit se haya enfadado —repuso Charlotte—. Te alejas con un caballero que te ha tomado por cortesana y lo desafías a un juego de azar ofreciéndote tú en premio...

—tomó las sales e inhaló profundamente. El color volvió a sus mejillas.

—Te he escandalizado —dijo Beth con tristeza.

—Sí, así es —su prima movió la cabeza—. Cada vez que haces algo raro, me digo que ya no puedes escandalizarme más, y sin embargo lo consigues otra vez.

—Lo siento —dijo Beth, con aire contrito—. Ya sabes lo desesperada que estoy por recuperar Fairhaven.

—Supongo que no tanto como para recuperarla a cualquier precio —Charlotte se recostó en el sillón—. Esa obsesión es ridícula. La familia perdió la isla hace años... deja en paz el pasado.

Beth no contestó. Había aprendido hacía tiempo que Charlotte era una mujer práctica, que no creía en la parte mágica de su herencia. Beth recordaba estar de niña sobre los acantilados de Devon y mirar a través del mar la línea débil del horizonte que era la isla que habían perdido. Las historias de su abuelo, el atractivo Charles Mostyn, y sus luchas con el cobarde George Trevithick habían capturado su imaginación infantil y no la habían abandonado nunca. Lord Mostyn había perdido la isla por una traición y, cincuenta años más tarde, Beth había jurado recuperarla y restablecer la fortuna